

sas, sino que vinieron de Bretaña con los godos. Que es villanía no honrar, pues la honra torna siempre á su oriente. Y en tiempos que hay tantos dones pegadizos, como piojo de cárcel, no os duelan estos bautismos, que en el meson hay pilas para todo. A lo que empanáredes, hacelde el vestido holgado, para que crezca, que si no creciere, será por su culpa, y con eso podréis vosotras decir que es la trucha tan grande como parece. Que estos yerros son como los de los médicos. Y aun mejores, que aquellos los cubre la tierra, y á estos el pan, que es cara de Dios, como dicen los niños. Nunca digais que vuestra ropa no es limpia, que en España es cosa afrentosa. Y para vencer tretas de huéspedes, que para ver si la sábana está limpia miran si está tiesa y sin rugas, si cruje ó no, como si hubiéramos de almidonar las sábanas; para esto lo que habeis de hacer es rociarlas y empresarlas, que con esto podréis hacer informacion que son limpias de todos cuatro costados. De día yo os doy licencia que vais por vino y por recado á partes públicas. Y no sea como una criada que tuve, que la enviaba por pasteles, y iba por ellos á los centenos; y si la reñía, me respondía: Eso merece quien se ha tardado por traer bien hojaldrada la cosa y la carne aperdigada. Y vez hubo que la di un real de á cuatro para que trajese para comer lo que le pareciese, y trájolo todo de nesferos. Reñíla. Díjela, ¿qué comida era aquella? Respondió: ¿El no me dijo que trajese lo que mejor me pareciese? Pues esto es lo que mejor me pareció. Tened mejor ojo que esta babilontía. Cuando algun huésped os dijere que le vais por vino, preguntalde en alta voz, que la oyan todos: Señor, ¿cuánto quiere usted que le traigan de vino? Que es buena treta, la cual llamaba un pariente mio la treta del atambor, porque los huéspedes, parte por vergüenza de ver gran jarro, parte porque no piensen que son mezquinos y acreditarse de liberales, envían por mas vino del que han menester. Y hacen bien, que si el vino es bueno, jamás se pierde, y aunque sea malo, sirve para lechugas. Hacen bien, rebien, buena pascua les dé Dios, que cuatro maravedis que un hombre alcanza son para lucir con ellos fuera de su casa y pagar su trabajo á una moza honrada, que se desvela en almohazar el gusto á los huéspedes. Tampoco se os olvide que nunca falte una de vosotras á la puerta bien compuesta y arreada, que una moza á la puerta del meson sirve de tablilla y altabaque, en especial si es de noche y junto á la candelá. En lo que no habeis de perder punto es cuando les oyéredes boquear á los huéspedes que quieren jugar, porque esto es una mina. Con tres us decia un tio mesonero de Arévalo que se enriquecian los mesones. Y eran las us, velas, barato, barajas. Y baraja tengo yo en mi casa que ha entrado en percha de ochenta veces arriba, y nunca salió á ver luz, sin alumbrarme con un real de á cuatro. Al mas pobre que pidiere baraja, se la dad, no se diga de vosotras que quereis mal á pobres. Confiésoos que oí á un hombre de buen rejo que el inventor del naipe habia puesto en la baraja tres maneras de figuras, conviene á saber,

sota, caballo y rey, y que esto denotaba que el juego no le han de usar sino tres géneros de personas: una señorota, que es sota sincopada, un caballero y un rey. Pero tambien oí que le respondió un amigo que estaba par del señor bacalarío zurraverbos: Advierta usted que aunque los pobres y pícaros no entran en la figura de rey deoros ó de espadas, pero entran en la de copas y bastos. ¿Qué os parece de la respuesta? Pues yo fui el responsorio. Atento eso, no quiteis á nadie su derecho. Jueguen todos con unos mismos naipes mientras no se mandare que los ilustres y señores de vasallos paguen ocho reales por cada baraja, y los pobres dos reales. Por aquí sacarás, lector beneviro, digo benévolo, la discrecion de mi padre, su erudicion y maestría. Bien le llamaron á él Diego Diez; mil le pudieran llamar, pues en solo él habia la astucia y saber que pudiera hacer famosos á diez mil. Y le pudieran cantar las mozas del meson el cantar de Carmona, que dice: Mas valeis vos, Diego Gil, que otros cien mil.

#### APROVECHAMIENTO.

Hay mesoneros tan mal inclinados y disolutos, que hallarás en su casa aposentados mas vicios que personas. En ellas se aposenta la codicia, la sensualidad, el ocio, la parlería y el engaño, y sobre todo, el mal ejemplo y libertad, lo cual es causa de gran perdicion en república cristiana.

#### 2.—DE LA MESONERA ASTUTA.

##### Redondillas de pies cortados.

Nunca de rabo de puer-  
Se pudo hacer buen viro-  
Ni para vihuela, cuer-  
De palo, leña ó garro-  
Cual el árbol, tal la fru-  
Pu-la ma- y pu-la hi-  
Pu-la man- que la cobi-  
Y el pobre yerno cornu-

Ya que sabes quién fué Fernando, no puedo absconderte á Isabel. Yo, hermano lector, ya adivino que en oyendo quién fué mi madre, te has de santiguar de mí como de la Bermuda. ¿Qué quieres? Diérasme tú otro molde, y saliera yo mas amoldada. Soy fruta de aquel árbol y terron de aquella vena, ¿qué me pides? Escucha, y oírás las hazañas de otra Celestina á lo mecánico. Mi madre era menos boquipanda que su matrimonio. Todos los recados que nos enviaba eran con las dos niñas de sus ojos, los cuales traía siempre á puntería de bodocazos. Era por extremo imaginativa. Nuestros pensamientos eran su melonar, y siempre calaba melones. Decia que nos queria como á los ojos. Y para untarme el casco, me decia: A tus hermanos quiérolos como á los ojos de la puente, y á tí como á los de la cara. Oyólo una hermana mia cierta vez, y dijo: Pagados estamos, madre, que no faltarán ojos, que sean tan cosa de aire, á cuyo amor la compare. Entonces ella, que era astuta, dijo: Calla, boba, que quien pasa por un rio, tanto quiere que la puente tenga los ojos en

pié como que lo estén los de su cara, pues le va la vida. Con esto nos dejó contentas. La verdad es que me queria mucho, y debíamelo, que le presté mucha masa en que empanar secretos tan graves, que el menor que mi padre husmeara, la despetuara; y quizá, si esto hiciera, acertara con el malhechor. Mas Dios me libre que yo sea como otras, que en haciéndose preñadas de un secreto, luego enferman de vómitos. Era muy caritativa, tanto, que quitaba la comida de la boca para dar á quien nunca vió, ni esperaba de él hazañas ni viñas. Verdad es que lo daba pagándose, y que lo que valia cuatro vendia en cuarenta; pero todo es contar por cuatros. Muy de ordinario nos decia que la mejor provision que podíamos hacer era de palominos empanados; porque lo uno es carne dura, y lo otro puestos en pan, son tan grandes como los hace quien los vende. Que las empanadoras somos de la calidad de los reyes, que en haciendo cubrir una cosa, la damos título de grande. Y lo otro, porque si fuere grajo, nadie habrá que lo jure ni denuncie, como denunciaron del otro villano, cortador y obligado en tierra de Campos, que pesó una burra en la carnicería, y yendo á su casa por carne, respondió un niño, hijo suyo, á los que importunaban por ella, diciendo: ¡Válgalos el diablo! ¿tiene mi padre cada día una burra que pesar? Aquellos son hurtos bobos, y peso de muchos pesares, que una burra hay muchos que la conocen tan bien como á la madre que los parió; pero un grajo despues de pelado y metido en la ataud, el diablo que conozca si es palomino ó cernícalo ó pito ó cualquier cosi. Gran mujer de pedir prestada á una bestia la mitad de la racion, y darle una libranza para el primer meson. Era tan compasiva de los pobres, que á ninguno recibia, solo por no le ver mal pasar en su meson por falta de dinero. Que quisiera ella que cuantos entraban en su casa les diera Dios mucha hacienda y con que hacer mercedes.

En su vida aderezó comida que no cobrase pasaporte, ni armó ave caballera en asador, que, demás de sacarle la quinta esencia en forma de pringue para tostas, no le hiciese la salva, por tratarla como á caballera; y para excusar las mermas y alcabalas que por su propia autoridad cobraba de todas las cosas asadas, usaba donosas tretas, las cuales, cuando nos las platicaba, decia que era la leccion de la confusa. Unas veces se excusaba con decir que los huéspedes se habian tardado en venir, y el gato dádose prisa á llevar. Otras veces soldaba la rotura con ceniza, como hondon de caldera rota. Otras veces quemaba lo desmantelado, con un tizoneito delicadamente, que parecia todo una pieza lo asado y lo castrado. Oírás, y esto era en caso desesperado, hacia un guisadillo, atendiendo siempre á dos cosas: la una, que llevase poco coste; y lo otro, que no fuese muy sabroso. Aquí anegaba todas sus faltas. Y solia decir: Mirad, hijas, una cazuela es excusa barajas, porque como allí se mete todo confuso, hueso y pulpa, viene á tener verdad el refran viejo, que á rio revuelto, ganancia de pescadores y pesca-

doras. Y creedme, que los huéspedes se obligan mucho, y dan de sí mas que calza de aguja, si ven que las mesoneras les guardan el aire al apetito del comer. Pongo caso, hijas, que vaya mal guisado, que así ha de ser siempre, luego dicen: El guisado, así, así; la intencion fué buena, no supo mas la pobreta, que quien esto hizo sin decirselo, hiciera mas, si mas supiera. Y luego les veréis esquililar, diciendo: Señora María, señora María, que no hay huésped que no llame María á toda moza de meson, como si todas nacieran la mañana de las tres Marías, ó si no, dicen señora hermosa, que, como dijo el otro, para que una vieja sea moza, no hay otro remedio mejor que ser mesonera ó ajusticiada; porque á la del meson, no hay pasajero que no diga: Hola, señora hermosa; y si á una mujer la sacan á justiciar, luego dicen: La mas linda mujer y de mas bellas carnes que se vió jamás. Así que, señora María, alcance de su guisado, que está como de su mano. Aquí haya gran advertencia, que la tal moza en tal caso ha de hablar como inocente y vergonzosa, diciendo: En verdad que compré por amor de sus mercedes un ochavo de especias y un maravedí de vinagre y ajos para que la cazuela sabiese bien á sus mercedes, y dejé en prendas la mi sortija de plata, que no tengo otra. Y tras esto, hijitas, una reverencia, que estáis á pique de que si es hombre liberal, os dé una buena pieza, en pago del empeño de vuestra sortija, y sin haber enajenado ni perdido nada. No acabara yo si te contara por extenso sus tretas. Concluyo con decirte que para abrasar la casa, le sobraban dos hervorcitos de imaginacion; y para hacernos perder pié á todos, no habia menester echar toda la presa. Con todo eso decia de mí: Justinica, tú serás flor de tu linaje, que cuando á mí me deslumbras, á mas de cuatro encandilarás. Y por verme tan bien aplicada y por las buenas muestras que siempre dí, gustaba mucho de platicarme todos estos ejercicios que he referido y otros que callo.

Estos trastos heredé de mi madre, sin quedar caclicacho que no me traspalase. ¿Qué quieres? Quien da lo que tiene, no debe nada; y quien enseña lo que sabe, menos. Las águilas enseñan á sus hijos á que miren el sol de hito en hito; porque como nacen con los ojos húmedos y tiernos, pretenden que el sol se los disegue y aclare para que vean la caza de léjos y se abalancen á ella, por ser esta propiedad única del águila, la cual desde lo altísimo de las nubes ve al cordero en la tierra y los peces en el agua de los profundos rios; y bajando con la furia de un rayo, divide con las alas el agua y saca los peces del abismo. Así, puedo decir, en esta materia era mi madre una águila, pues aclaró mis tiernos ojos para considerar la caza desde léjos y saberla sacar, aunque mas encubierta estuviese, un mar de dificultades. Verdad es que yo no habia menester mucho apetito, ni me costó muchos pellizcos el aprender, en lo cual hice ventaja á los aguiluchos, y grande, porque ellos son lerdos y tan perezosos, que es necesario que la madre á punzadas y her-

ronadas los saque del nido, y aun á veces los cuelga de las uñas y los hace mirar por fuerza al sol. Y por eso fingieron los poetas que, en el general repartimiento de los oficios, el águila se inclinó á ser balastera, y tiraba al sol bodocazos y no erraba tiro. La paloma enseña á sus pichones á barrer y limpiar el nido, porque no es puerca, como la oropéndola, que teniendo doradas plumas, tiene enlodado el nido, lo cual es simbolo de las mujeres, las cuales salen á vistas vestidas de oro, y dejan un aposento mas sucio que una letrina. Pues ¿qué mucho que la palomita de mi madre me enseñase á barrer y limpiar, no solo la casa, pero las bolsas y alforjas de los recueros y aceiteros, que son mas sucias que ojos de médico y nidos de oropéndola? Muchos puedo contar á quienes el celo de enseñar sus hijos los ha hecho maestros de voto el muerto, especialmente en Egipto, todo bueno y santo.

Pero mis padres no sabian otros jeroglíficos sino jacarandina, ni otras ciencias sino conjugar á rapio, rapis por meus, mea, meum. ¿De qué te espantas? Oye un cuento á propósito. Cierto soldado quiso ganar de comer á poca costa, y para esto se puso á lo escolástico, aunque algo bastardillo, un bonete algo lardosillo y muy metido hasta la cóncava, un cuello solo asomado, aunque respuntado de grasa, una cara á humo muerto, un sayo sayon, un ferruelo largo y angosto, como cédula de sacar prendas, unas calzas que se reían del tiempo, un zapato empanado, un andar de Pero Hernandez, un mirar de brujulistas, un meterse de hombros como concomido, una voz modesta y baja, aunque tenia el bellacon mas chorro que un pollino, un cuello torcido como remate de cuchar, otro segundo pavon, de quien te daré noticia despues de andadas algunas millas de esta historia. Con esta figura y talle se hizo pedagogo intruso y ayo de algunos, á quien engañó en la mitad del justo precio. Especialmente engañó á un caballero que confió de él un hijo suyo para que fuese su ayo. Díjole el caballero: Mire, padre, que le encargo este muchacho, que es travieso, para que le imponga. No sepa cosa buena que no se la enseñe. El dómine ayo se lo prometió así, y cumpliólo. El ayo á tercer dia comenzó á leer la cartilla á su alumno, y díjole: Mocito, ¿él piensa que yo soy alguno de los siete de Grecia? Engañase. ¿Piensa que es todo oro lo que reluce? Engañase. ¿Piensa que hace el hábito al mono? Engañase. ¿Piensa que soy quien piensa? Engañase. Vive Cristobalillo, que aunque le quiera enseñar cosa buena, yo no sé otra sino dos, una de guerra, y otra de paz. De paz es un boquivuelto, y ver si pinta, y hago á todos, tope donde topare. Y por mas señas, ve aquí la baraja. Lo de guerra, otro que tal. Tome esa espada. Uñas arriba, punta al ojo, el pié siga á la cara. Medró tan bien el caballero, que á pocos dias andados, se fueron ambos á Sevilla, y en el camino comieron lo que hurtaron, y en llegando á Sevilla hurtaron lo que comieron. Este fué el bellacon por quien se inventó el entremes que dicen: No le enseñaba á matar, sino á ser obediente Isaac. Así que, hermano

lector, cada cual enseña lo que sabe, aunque no todos saben lo que enseñan.

#### APROVECHAMIENTO.

Podráse decir de algunas madres de este tiempo que son para sus hijas mas crueles que avestruces; y que las que por naturaleza y obligacion debian ser misericordiosas, comen y cuecen sus hijos, como dijo Jeremías. Porque ¿qué mas propio cocer y tragar sus hijos puede haber que cocerlos en maldades y aprender en ellos el fuego del pecado y deshacer sus almas con ruines consejos y ejemplos?

#### 3.—DE LA MUERTE DE LOS MESONEROS.

##### Sevillas.

Diego Diez desafió  
A romance y á latin  
A la muerte. Ella venció,  
Y al Diego Diez le metió  
En un medio celemin,  
Con que vencido quedó.  
La mujer del mesonero  
Sustituyó el batallon.  
Mas tambien le dió tapon,  
Porque la atestó el garguero  
Con longaniza y carnero,  
Y así triunfó del meson.

Siempre oí pregonar que las gentes como viven mueren, salvo que viven con aire, y mueren sin él; y que como pecan penan, salvo que el gusto del pecar es enano, y las penas del pagar son gigantes. Callo la historia de la perra y aperreada Jezabel y otros cuentos de las historias sacras, de hombres cuyos verdugos fueron sus mismos gustos. Que en chapines de tan altos cuentos no me atrevo á nadar sin caer. Ahí está Diomedes, rey de Tracia, que fiará y abonará mi intento, pues él usó engordar sus caballos con carnes de reyes vencidos, y Hércules con las suyas dió un buen día á sus perros. Tambien me fiará mi camarada Herodias, que, por saltar y bailar sin estorbo, mandó cortar una cabeza, y despues de cortada, punzó rabiosamente con un alfiler largo la lengua difunta; pero tambien ella murió bailando, y la hundió y cortó la cabeza un carámbano, sobre quien andaba danzando. Mi padre en lo que siempre ponía mucho cuidado era en esto de echar polvoradueque de granzones al medir la cebada, segun y como nos lo notificó el día de la creacion mesonil. Un día me mandó cargar la mano algo mas de lo acostumbrado, y yo, como hija obediente, eché á osadas. Dormióse Homero. No reparó el buen padre que nos oía un caballero ratiño de junto á Portaalegre, que estaba junto á la puerta triste del pajar, y era para sus bestias la cebada sobre quien granizaban granzones. Hubieron palabras. Mi padre de corrido arrojó la sogá tras el caldero. El caballero de honrado desenvainó un medio celemin, de que habia sobra en casa, con el cual le dió en la nuca á tan buena coyuntura que le metió el ánima en el medio celemin, y el cuerpo le tendió á la puerta del pajar. Vean aquí el celemin pecó, y allí penó. A lo menos podréme alabar que murió

como un pájaro mi padre, y que fué tan enemigo de dar fastidio, que murió sin gastar un comino en su enfermedad.

Al caballero se le echaba bien de ver que era noble y principal, pues no hubo bien mi padre caido en el suelo, cuando le pidió perdon, y le dijo que no lo decia por tanto, y otros cumplimientos muy de cortesano. Y si mi padre no tuviera excusa que estaba muerto, hubiera andado muy mal en no responderle muy buenas palabras. Era comedido el señor y liberal. En viendo el mal recado, luego, para consolarnos, nos dió á cuantos estábamos en casa tres reales de á ocho, y á mi señora madre doce, por ver que llevaba este negocio con tanta paciencia, esperando á ver cómo lo hacia con ella y con nosotras aquel buen señor. Y con esto nos obligaron, él con dinero y mi madre con su mandato, á decir á la justicia que nadie le habia hecho agravio á nuestro padre ni tocado al pelo de la ropa, y era verdad, que no le tocó en pelo ninguno, porque la parte donde le tocó el medio celemin estaba pelada, sino que cayó de la escalera, como él lo solia hacer algunas noches. Y esto era verdad, y tanta, que una vez se quejó de un cucharetero, porque le puso una mano de mortero en una escalera. Y viéndola, dijo: ¿Mano de mortero, á mí para caer, hidaruin? ¿He yo menester mano de mortero ni otro apetite semejante para rodar cincuenta pasos de una escalera? Con esta buena relacion que dimos de nuestro padre, nos dejó la justicia. Amortajámosle. Pusimosle en el aposento del horno, porque ya que no estuviese honradamente, estuviese hornadamente. Sobre el amortajarle hubimos palabras yo y mi madre; porque me dió una mortaja vergonzosilla, que, por ir rota por ciertas partes y vérsese el cuerpo á tarazonas, algunos pensaron que habiamos enterrado á mi padre con el rasero en mano, en memoria de lo que habia ganado con el medio celemin y por tener de sobra los raseros. De esto habia mucha risa y chacota en el entierro. Tontos. Por cierto sí. Las ganancias del Cid. Si supieran la buena obra que le habia hecho el medio, no pensaron que le habiamos enterrado con el rasero. Necios. ¿Mirad qué baston de capitan, para antojárseles que le enterrábamos con él en la mano, sino un rasero negro y carcomido? Si mi madre en dar mortaja no anduviera tan medida, nadie saliera de ella en maliciar lo del rasero.

Tratamos de enlutarnos; y si hiciéramos, sino que mi madre echó de ver que no habia luto que le viniese bien, porque era muy gorda, y así se puso á la malicia el luto. Aquella tarde toda no quisimos recibir pésames de nadie, porque dijo mi señora madre: Aun ahora mi marido está en casa, no quiero pésames. Cerramos nuestra puerta, como gente recogida; y aunque quisimos velar al difunto, no pudimos, porque el ratiño de Portaalegre, en viendo cerrar las puertas, nos convidó á una muy buena cena. Mi madre, como estábamos á puerta cerrada y sin nota, aceptó el convite. Verdad es que le dijo: Señor, somos muchas; ó todas ó ninguna. El caballero hizo á todas.

Era honrado. Fufmonos. Dejamos en guarda de mi señor padre un perrillo que teniamos, linda pieza. Valia por seis hombres. Y así, nos pareció que para guarda aquello era lo que hacia al caso; que para lo que es respuestas y oraciones, las de sobremesa habian de ser todas suyas. Con todo eso, el diablo del perrillo, como olió olla y carne, comenzó á ladrar por salir; y viendo que no le abriamos, fuése á quejar á su amo, que estaba tendido en el duro suelo. Y como vió que tampoco él se levantaba á abrir la puerta, pensando que era por falta de ser oido, determinó de decirselo al oido. Y como le pareció que no hacia caso de él ni de cuanto le decia, afrentóse, y en venganza le asió de una oreja; y viendo que perseveraba en su obstinacion, sacóla con raíces y todo, y trasplantóla en el estómago. Con todo eso, por si era sordo de aquel oido, acudió al otro, acordándose que suele ser respuesta de discretos, á esotra puerta, que esta no se abre. En fin, acudió á otra oreja, hizo su arenga y la misma diligencia. El perro debió de hacer su cuenta: Este está muy muerto, y mis amas muy vivas; yo muerto de hambre, y ellas de boda. ¿Así que sin mí hacen boda? Pues yo haré la mia sin ellos. Y par diez, dióle de tajo y destajóle el cuerpo y cara, de modo que no le conociera el mismo diablo con ser su camarada. Cuando yo llegué y vi al perro harto de carne de mesonero, y la cara de mi padre tan descarada, y el cuerpo tan emperrado, dióme lástima. Y aun yo creyera que la tenia mi madre, si no la oyera decir: Valga el diablo tanto muerto. ¿Dónde tengo yo ahora aquí hilo y aguja para andar á coser muertos? Por ahí lo remendamos, aunque mal. Lo que es la carne no tuvo remiendo. Yo quisiera quitar unos pedazos de carne á un tabernero vecino; pero como mi padre era mesonero, no venia bien remendarlo con carne de tabernero, que es remendar paño de Londres con sayal. Con esto determinamos enterrarle muy en haz y en paz. Mi madre no chistó mas que si ella fuera la muerta; y aun el caballero la dijo que si hablaba, la acusaria de que habia echado á su marido á los perros. Era discreta. Vió lo que le convenia. ¿Qué le habia ni qué habiamos de hacer? Ya era muerto. Lo perdido no era mucho. Lo que él habia de hacer en casa nosotras lo sabiamos de coro, y aun mi madre vivia de sobra. Aquel señor era comedido. Mi padre le dió la ocasion. Cuando le pidiéramos la muerte, solo fuera enriquecer justicias y empobrecernos nosotras y perder los patacones que nos dió bueno á bueno sin pleitos ni barajas. ¿Qué habia que hacer sino pedir á la tierra que, pues cubre tantos yerros de médico y purga, cubriese uno de un caballero y un medio celemin?

En el entierro no lloramos mucho, que no llevamos palabras hechas. Mi madre era muy ojienjuta, y nosotras no podiamos llorar sino era comenzando madre y yendo arreo. Y aunque comenzara, no sé si pudiéramos seguir la corriente de sus lágrimas, porque ibamos muy ocupadas en mirar no hiciesen rabos los mantos, que era invierno, y los habiamos de tornar á sus dueños